

RITMO DE LA MIRADA

¿agustín garcía calvo?

J.S. No quiero pronunciar, y menos con esta megafonía, el nombre propio de quien con tanto acierto y en tantas ocasiones ha denunciado la falsía de la identidad personal y el veneno del nombre propio. Muchos ya sabéis de sus andanzas, y por eso sólo quiero hacer pública mi gratitud y el placer de estar ahora aquí con quien considero maestro y amigo por cuanto ha cantado y pensado, por cuanto de las mentiras de la realidad ha desvelado, por su largo aliento negador, por la curiosidad inagotable que nos ha transmitido a muchos y en especial por su rara habilidad, casi de contorsionista, para quitarse de enmedio y dejar que por su boca y a pesar de su boca hable la razón común y el pueblo.

AGC. ¡Gracias a vosotros por estar aquí, y mucho más si dentro de un rato os dejáis hablar conmigo acerca de lo que proponga; gracias a José Saborit por su invitación y sus palabras, tan razonables como cariñosas!

Es por otra parte bastante desesperante (lo sigo haciendo, pero no deja de ser desesperante) esto de ponerse a hablar de algo, porque, cuando uno se deja, o deja que le obliguen a, hablar de algo, eso no es ninguna labor inocente: con el propio planteamiento de la cuestión se está ya de alguna manera ratificando la existencia, la realidad, de aquello por lo que se nos pregunta, de aquello de lo que se trata: “¿Está usted a favor de la reestructuración de los consorcios bancarios en el nuevo mundo?” Si digo sí o digo no, da igual, porque de momento los consorcios bancarios han quedado ratificados, desde el momento en que se supone que se puede opinar acerca de ellos y tener su actitud, más o menos personal. “¿Televisión pública o televisión privada?” Pues da exactamente igual: el mal ya está hecho; el mal ya está hecho, porque se supone que la televisión es algo dado de por sí, inevitable, y las opiniones acerca de ella son enteramente secundarias. No sólo es que se dé por supuesta la existencia sino que se la ratifica de hecho, se la hace más pesada y más imponente cada vez que se la da por supuesta. Lo que hacen esas cuestiones, de las que está lleno vuestro mundo, no sólo el de la televisión y los periódicos y demás, por supuesto, y el de los políticos, sino también el de vuestras casas familiares, de lo que está lleno es de situaciones como éstas que están destinadas a evitar que se diga lo sólo que el pueblo podría decir, “¡Que no haiga televisión!”, sin más, “¡Que no haiga autos!”, “que no haiga dinero!”. “-¿Qué le parece de la renovación de los planes de estudios en esta escuela para el curso que viene? -¡Que no haiga escuela!”

Cada vez que uno acepta pronunciarse sobre esas cosas está dificultando el decir, es decir, el hacer, lo único verdadero, que es, en el caso en que algo por debajo de uno, algo de pueblo que le quede, se rebele contra ello, decir “¡No!”, y al decir, tratar de destruirlas. Esto es lo que hace que sea tan desesperante y que no vea uno cómo zafarse de este lazo que se da con el planteamiento mismo de las cuestiones al modo habitual.

En definitiva, toda la guerra que me traigo, toda la guerra de lo que en mí pueda seguir latiendo de pueblo, es una guerra entre el mundo del que se habla (eso es la realidad,

eso es la existencia, por supuesto, ideal, donde está el Dinero, el Futuro, el Nombre, la Honra, todos los entes abstractos de los que se habla, por los que se lucha ocasionalmente), la guerra del mundo de que se habla, la realidad, contra este mundo en que hablamos de ello; y por supuesto del revés: la guerra de esto, de mí que no soy nadie, de aquí, de ahora, contra la realidad ideal del mundo de que se habla. Después de todo, visto de una manera o de otra, en cualquier debate de que se trate, la guerra en la que estoy metido, en lo que está metido lo que en mí queda todavía de vivo, de pueblo, es ésa guerra entre el mundo en que se habla contra el mundo de que se habla, que son incasables en verdad, son incompatibles: se dan juntos pero siguen estando siempre el uno contra el otro.

Ésta era la advertencia metódica que quería traeros aquí. También en la cuestión de mi título, “Ritmo de la mirada”, hay, aunque no en el mismo grado, este peligro: parece que sabemos qué es ritmo y qué es mirada, y, al preguntarnos por ello y debatir sobre ello, nos arriesgamos a confirmar esta existencia, que a lo mejor no tenía por qué confirmarse. Por ejemplo, lo más inmediato y trivial: “En las artes plásticas o estáticas ¿hay alguna forma de ritmo?” Parece una pregunta inocente. Por supuesto que no lo es: es también una pregunta condicionada por el significado de las palabras, y lo único que el pueblo puede decir es “Pues, hombre, pues según lo que entiendas por ‘ritmo’: si entiendes por ‘ritmo’ una cosa que también se da en las artes plásticas, es que entonces en las artes plásticas también hay ritmo; en cambio, si entiendes por ‘ritmo’ una cosa que sólo se da en las otras artes, entonces está claro que en las artes plásticas no hay ritmo.” Así es como es la cosa de clara y sin embargo con la oscuridad de no presentarla de ese modo se llenan libros de testo, se llenan planes de estudio, y por supuesto las equivocaciones no son meramente teóricas, sino que acaban por afectar también a la práctica misma de las artes u otras prácticas.

Se dice, en efecto, corrientemente que eso de ‘ritmo’ es algo no sólo propio de sino definitorio de esas artes que llamamos temporales, música como ejemplo eximio, porque se supone que eso de ‘temporales’ para nosotros no tiene misterio ¿eh?: eso del tiempo quién no sabe que es; y sobre todo, si tenemos alguna duda, contamos con los físicos, que nos lo pueden venir a aclarar de una manera definitiva, de manera que decimos “Sí, es que lo propio del ritmo es que se refiera a tiempo porque se refiere a movimiento.” También ‘movimiento’ sabemos qué es; estamos seguros. Estas seguridades son las que nos inutilizan: la cosa no es ni mucho menos tan clara.

Si tratamos de superar la oposición entre uno de los dos tipos de las artes tradicionales, las estáticas o plásticas, y las otras, nos encontraremos con algunas cosas como las siguientes: desde luego, si una casa no se mueve, pues no se mueve; si un cacharro no se mueve, pues no se mueve, por lo menos mientras no lo muevan o no lo rompan; si un cuadro está colgado en una pared y no se mueve, pues no se mueve, de manera que no puede presumir de que el movimiento esté en él de la misma manera que puede estar en el curso de una pieza de música o de una recitación o el desarrollo de una obra de teatro; sin embargo, si tratamos de montar y superar, nos encontramos con una duplicidad: hay una manera en que, sin embargo, en las artes plásticas el tiempo está metido, se supone que por una misteriosa y muy clara analogía: la configuración, la correspondencia entre partes de la estructura, evidentemente tiene algo de análogo con lo que es el ritmo en las artes musicales; esto es

innegable; de manera que, si nos presentan el Partenón de Atenas no sólo con el equilibrio entre sus columnas y frontón sino incluso con el sutil desequilibrio que puede haber introducido el arquitecto, pues ahí lo tenemos. Un cacharro hecho a torno, de alguna manera, ha incorporado en sí el movimiento del torno, de forma que su circularidad, también incluso incorporando imperfecciones que puedan hacerla más atractiva, se puede decir que tiene en sí, de alguna manera, captado el movimiento. O, con un ejemplo clásico de pintura, todos recordáis de Rafael la Santa Ana con la virgen y el niño, aquella composición en que Santa Ana está sentada a las rodillas de la virgen pero agachada hacia delante alargando las manos hacia el niño, que está en el extremo inferior derecha: efectivamente ahí no sólo hay una triangularidad en cierto modo en la composición, sino que hay una triangularidad complicada y desmentida o contradicha por otros elementos que desde luego no son geométricos; pero de todas formas la composición es la composición, y esa analogía se nos da.

Ésa era una de las dos maneras. La otra manera es distinta. La otra manera de que puede disponer una de las artes plásticas para habérselas con lo del movimiento, es la de sorprender el “momento” del movimiento; ‘momento’ que para nosotros quiere decir simplemente ‘istante’, como si supiéramos que es una unidad temporal más o menos precisa. En el uso de ese latinajo en inglés, *momentum*, y en el lenguaje de la física, eso viene a querer decir también al mismo tiempo el ‘ímpetu’ de la partícula o de lo que sea, que se contrapone de esa manera a su ‘posición’. Bueno pues parece que hay un posible intento de sorprenderlo. También ejemplos clásicos: tenéis “discóbolo sorprendido en el momento de dar una de sus vueltas girando sobre sí mismo para lanzar el disco” (la escultura no puede presentar el lanzamiento del disco, pero el intento es que el *momentum* del movimiento esté ahí de alguna manera presente o representado), o una de las grandes tempestades del pintor Turner, para alguna de las cuales se nos cuenta que se hacía atar al mástil de un barco, para recibir bien la impresión de todo el estrépito, la tormenta y el barullo que después en el cuadro tenían que quedar fijadas; o, de una manera menos estrepitosa, cuando se trata de sorprender el paso de una nube o el paso de unas nubes, como el propio Turner o como José Saborit ha intentado y sigue intentando más de una vez. Ésa es la segunda manera en que pienso que se puede hablar del intento, más o menos logrado, de superación de la división.

Pero bueno, estamos, como siempre, dando por supuestas demasiadas cosas. Tenemos que volver a preguntarnos qué es movimiento. Y si tenemos el valor de preguntarnos qué es movimiento, nos encontraremos con algo bastante sorprendente, porque tendríamos que preguntarnos qué es una cosa; porque efectivamente, una cosa no es una cosa y no es la misma cosa si no se mueve; de forma que el movimiento no es ningún accidente de la realidad sino constitutivo de la realidad. La entidad misma de una cosa está conseguida gracias a este convenio en el que vivimos de que puede ser la misma aquí y allá. Sin movimiento no habría cosa, no habría realidad, todo habría caído en una indefinición que al establecimiento de la realidad y por tanto al poder y a la cultura no les servirían para lo que la realidad le sirve de ordinario. Ése es, pues, el convenio sobre el que vivimos; en ese sentido asoma una de las evidencias de que la realidad, aparte de ser la realidad, es también falsa; es también falsa justamente en la medida de que pretende ser verdadera y cuando las artes por un lado, las ciencias por el otro, tratan de fijar esa realidad, no pueden menos, aunque después hagan otras cosas muy contradictorias, pero no pueden menos de contribuir a su estatuto.

Hay una equivocación de la que quiero también, con esta rapidez, privaros, si puedo: una equivocación que relaciona la cuestión con los diferentes sentidos corporales, los cinco sentidos del catecismo, de manera que se nos sugiere que la música es una cosa del oído, mientras que la pintura es una cosa de los ojos; también la arquitectura y la cerámica, aunque la cosa aquí ya no aparecería ni mucho menos tan clara como para la pintura, como para el cuadro, pero se nos sugiere esa contraposición entre los oídos y los ojos. Es falso: el paso, el paso verdadero, eso de que no hay ni un momento, que se nos va, que nos estamos hundiendo continuamente, eso no se siente con los oídos sólo, se siente con todo, se siente con las manos, con el pálpito del cuerpo, con todo el aparato que podríamos decir experimental; se siente también con los ojos, claro, como con todo el resto: eso no tiene una ascripción a ninguno de los sentidos determinados del catecismo, el paso, la evidencia de que la realidad es una ficción constituida pero que se está deshaciendo constantemente, es decir, la intromisión rebelde del mundo en que dentro del mundo de que, de este mundo de verdad, que no es ningún mundo, en que yo y eso y aquí y ahora, contra el mundo de la realidad, el mundo de las ideas, el mundo del que se habla, eso es algo en lo que estamos, en lo que participamos, **con todo** (no voy a decir ni siquiera el cuerpo, porque eso ya sería pensar que yo sé lo que quiere decir 'cuerpo' y no querría engañaros dejando que creyérais semejante cosa: sólo los que han llegado a saber qué quiere decir 'alma' pueden permitirse la estupidez de creer que ya saben qué es cuerpo y, naturalmente, aquí no nos lo vamos a consentir), se siente por todas partes, de cualquier manera, en cualquier momento, si se deja, si se le deja. Por desgracia la función de la realidad y de la fijación de la realidad es impedirlo; y eso no lo hacen los pobres ojos: lo hacen los ojos en cuanto que han sido el instrumento predilecto para el establecimiento de las ideas, que sí que son constitutivas de la realidad. Sólo en cuanto que a la visión se la convierte en una ideación, entonces es cuando se está paralizando el sentimiento, la sensación verdadera. Los ojos no tendrían por qué recibir la culpa de todo ello. De todas formas, como aquí es a lo que estamos, parece que nos estamos ocupando de artes visuales, vamos a seguir un poco fijándonos en ellos, en los ojos y en la mirada. No olvidéis la distinción que he hecho: una mirada, una sensación visual, como todas las demás sensaciones, que no estuviera ideada, frente a una mirada que, como también las otras sensaciones, puede quedar condenada a la ideación, y por tanto a la realidad.

Hay dos maneras en que en las obras -digámoslo- visuales se puede introducir **de hecho** el movimiento; son dos maneras muy elementales, que van a poner en juego la famosa y funesta oposición filosófica entre objeto y sujeto. Son estas dos maneras: una es mover las cosas ante los ojos -ya está-; en vez de dejar que estén ahí, colgadas, puestas, mover las cosas ante los ojos. Ésa es la forma en que las obras visuales pueden entrar, de la manera más práctica y más íntima, en la realidad movida, que es la realidad misma. Ése es el procedimiento que por excelencia se ha desarrollado en el cinematógrafo y las demás producciones que han venido después de él. Efectivamente se trata de eso: en vez de dejarlas quietas, se las mueve; se las mueve, y ya tenemos un arte que es visual pero que ha cazado al movimiento”, por uno de los dos procedimientos que he dicho. Es muy sencillo: mover las cosas. Desde el galgo en diferentes posiciones del primer artilugio que precede al cinematógrafo hasta los últimos desarrollos de las condenadas tecnologías virtuales y lo demás, que no quiero ni acordarme. El otro procedimiento es el inverso, claro: es mover los ojos, mover el observador -tan sencillo.

No os extrañéis nunca de que oigáis perogrulladas de este tamaño, porque efectivamente uno de los artes del engaño tradicional es que no se digan nunca perogrulladas, que se hagan preguntas como las que en el principio he dicho, pero perogrulladas no. La otra manera es, pues, mover los ojos. Uno lo hace a cada paso, por supuesto, hasta visitando un museo; lo que pasa es que, cuando visita un museo, lo más corriente no es mover los ojos por las partes de un cuadro, sino ir pasando de un cuadro a otro, lo cual ya es otra cosa distinta, es una... otra manera de introducir el movimiento que no es en la que estaba pensando. Pero de la manera más evidente el invento, algo más viejo que el cinematógrafo, el invento del tren, del ferrocarril, es el que nos da el artilugio propio para ello: efectivamente el ferrocarril, la marcha rítmica, más o menos suavemente rítmica, según el traqueteo, del vagón de tren y la ventanilla es el truco por el cual se nos hace pasar la tierra, pero no: se nos hace pasar la tierra gracias a que se hace pasar a nuestros ojos, es decir, de una manera justamente inversa. Para que os deis cuenta del grado de perversión en el que vivimos, fijáos en lo que pasa actualmente con los viajeros de tren: los hay, tal vez la mayoría (ya sabéis: es condición de la democracia que la mayoría sea idiota, de manera que no tiene por qué extrañarnos mucho), la mayoría prefieren ver la película, el vídeo que les han metido, o hojear el periódico para enterarse de cómo es la realidad, o sea, no lo que está pasando, sino la realidad, que es ideal. Algunos otros pocos, o en algún rato de descuido, dejan que los ojos se les paseen por la tierra: eso es lo que no es deseable, hasta el punto de que muchas veces incluso las ventanillas se cierran para que no haya ese peligro. Y, desde luego, si admitimos también en el juego el avión, no serán muchos tampoco los que se paren, se asomen, a ver ese espectáculo, para el que el avión es especialmente útil, de las nubes vistas desde arriba, los campos de nubes; ni siquiera ver la tierra de lejos, no. No, no: lo normal es que haya también su vídeo, que haya su whisky, que haya su repartición de periódicos... en fin, información acerca de la realidad, y, en un caso y en otro, la contraposición espero que quede lo bastante clara sin insistir en ello. Son las dos maneras: mover las cosas, los supuestos objetos de la observación, mover los ojos, es decir, mover los instrumentos mismos de la observación, por ejemplo los ojos.

Esto seguramente a muchos de vosotros os está recordando, saltando de las artes a las ciencias, los avatares de la física, que, especialmente desde Einstein para acá, se han venido desarrollando en el sentido de que, frente a la actitud digamos clásica o tradicional de que por un lado estaba el observador, la observación, el experimentador y el teórico, y por otro lado estaba la realidad, las cosas que observaban, lo mismo si eran moléculas que si eran átomos o incluso cualquier forma de partícula elemental, frente a eso ha habido, especialmente a partir de Einstein, una introducción del observador en lo observado. Después de todo, la relatividad, como todos recordáis, Einstein mismo no ocultaba que le venía en cierto modo de ese truco del tren, de la ventanilla del tren, del que antes os he hablado, porque incluso muchos de sus ejemplos, más o menos de vulgarización, vuelven a utilizar el tren. En los desarrollos posteriores, en la forma que la física toma hoy preferentemente, lo de la mecánica cuántica, no ha hecho sino acrecentarse esta forma de intromisión, por otra parte inaceptable, del observador en lo observado. Einstein era -digamos- el culpable, con la relatividad misma, de este paso, de este intento de anulación de la separación entre objeto y observador; pero él mismo (recuerdo algunas de sus manifestaciones) se oponía cuando alguien decía “no, no: la mecánica cuántica es que no es más que un conjunto de reglas que tratan de poner orden en

nuestras observaciones”: Einstein respondía “ninguna definición de la realidad puede contentarse con una formulación de ese tipo”. Ésa es su contradicción. Él era más contradictorio todavía, porque también recuerdo que, fuera de su actividad como físico o como matemático, alguna vez se dejaba decir “las formulaciones de una física, si se refieren a la realidad, no son verdaderas, y si son verdaderas, no se refieren a la realidad”. Pocos han formulado a su vez de una manera más esplendorosa esa contraposición entre verdad y realidad, de la cual ya antes me he permitido decir “es esencialmente falsa (claro: sólo falsa en cuanto pretende ser verdadera)”.

Una vez, en uno de los poemas líricos ferroviarios, pues utilicé cosas de éstas, especialmente usando el accidente de que en el viejo tren, pero también ocasionalmente en algún talgo de los que encadenan dos mitades, como los gallegos, puede faltar el furgón de cola, de forma que el ojo queda abierto atrás, a lo que se va.

*Cuando no ponen
furgón de cola,
y que tú en la plataforma
del último vagón
a lo que huye te asomas,
un nuevo servicio
del ferrocarril
¡tan de gracia se te otorga!*

*Pongan atención,
que voy a decir de otra
manera la teoría
de la relatividad,
aquella del sabio
de las canas locas,
que tantos trenes
se le entrecruzaban
dentro de la chola.*

*A saber: que si la vista
la centras, o casi toda,
en el alejarse
de los ralles que por bajo
paralelamente se arrojan
y en los postes y cunetas
que de cerca la vía bordan,
entonces, por contra,
ves con el resto de los ojos
que las nubes allá redondas
y las casas lejanas
y las puentes remotas*

*te siguen, te siguen
y se te acercan animosas:
cuando más lejanas quedan,
más parece que retornan.*

*La huida real de lo inmediato,
señores y señoras,
parece ser la condición
de la ganancia aparente
de la pérdida de las cosas.*

Bueno, ésta es la especulación, entre física y pasional, en cuyo desarrollo no me voy a parar ahora, porque todavía pienso que debemos hablar de algunas otras cosas. Me interesaba el hacer notar cómo cuando el razonamiento físico no es enteramente servil, tiene roturas, escapes ocasionales, entonces él mismo viene a descubrir, el propio razonamiento físico, esas contradicciones y esas falsedades; entre ellas, la que ahora nos interesaba, que era la oposición entre la mirada y lo mirado, entre el objeto de observación y el instrumento de la observación. Pero todo esto es porque en definitiva hay que anular también esta contraposición entre la mera pasividad o costatación y la acción, y la acción o intervención en los hechos. No hay ninguna ciencia que sea inocente, no hay ninguna formulación corriente, como al principio os hice ver con unos cuantos ejemplos, que sea inocente: pretende serlo, pero de hecho está interviniendo en el mantenimiento de la realidad, en el mantenimiento de la falsedad. Toda idea es activa en el sentido de que es mortal, mortal: mata los ojos, mata el corazón; por tanto es activa. Todo razonamiento libre o cualquier formulación poética que no sea meramente literaria y personal que pueda surgir de vez en cuando, es activa porque descubre la falsedad de la realidad, de alguna manera. De forma que, de una manera o de otra, no hay tal mera significación, mera costatación, sino acción.

Esto, de la manera más ilustre se da como sabéis con el caso de eso de la luz (hemos estado todo el rato hablando de la mirada, como si no tuviéramos nada más que los ojos y el objeto, pero todo el mundo sabe que no es así, que si no hubiera esa tercera cosa a la que llamamos luz, tampoco tendría sentido el planteamiento de esta cuestión de la mirada). La luz no era real: no era real; pero tenía que hacerse real (y esto nos vuelve otra vez también a traer a Einstein), incluso tenía que tener cuerpecillos, para que fuera real del todo, tenía que tener alguna forma de cuerpecillos, por contradictorios que fueran, de forma que tenía que ser una lluvia de fotones, unos seres miríficos. Ya en el caso del invento de Einstein eran miríficos (no os perdáis lo que está pasando ahora con la Mecánica Cuántica, cuando han visto que, a consecuencia de lo incompleto de la labor de Einstein, queda, junto a la gravedad en la que juega de la manera habitual la masa y el *momentum*, hay una gravitación universal, y entonces los culpables de esta gravitación universal pues son los gravitones, es decir, mucho peor que los fotones todavía ¿no?. Bueno, no quiero entreteneros con estos descubrimientos de la Ciencia, donde, junto a los átomos, no hay que olvidar también el desarrollo de esa otra forma de culpable que son los virus y que tanto le gusta a la medicina y a la Biología desarrollada. No nos entretengamos en eso). La luz tenía que hacerse real. Desde ese momento, para ser real, tenía que moverse; porque ¿no hemos dicho antes que sin movimiento no hay cosa?

Entonces, si la luz es cosa, es real, entonces tiene que moverse. Ahora esto [lo único que] tiene esta gracia: que si no hay velocidad, no hay movimiento; y esta gracia todavía mucho peor de que si no hay aceleración, no hay velocidad; porque, si no hubiera aceleración ¿cómo podría distinguirse entre una velocidad y otra?; y entonces, si nos quedábamos con una sola velocidad, nos quedaríamos con ninguna, y el movimiento se nos iría al traste y ya no podrían sostenerse las cosas; de manera que lo que parece último, esto de la aceleración, es en cierto modo lo primero. Pero si la luz, en lugar de ser real y andar algo así como esos 300.000 km. por segundo, como si fuera un objeto cualquiera, más o menos rápido, se la dejara seguir el modelo de las otras cosas y por tanto estar sujeta a la aceleración, entonces apenas tengo que sugeriros lo que podría estar pasando: la velocidad de la luz habría estado y seguiría estando acrecentándose de tal manera, que por supuesto habría venido a ser sin fin y a anular así las nociones mismas de ‘aceleración’, de ‘velocidad’, ‘movimiento’, de ‘realidad’. La luz de veras es el pensamiento. Y la velocidad (que no es ninguna velocidad, porque es sin fin) es la velocidad del pensamiento. El pensamiento, la razón razonando, que está fuera de la realidad, que no es real, que no existe, porque justamente trata de, razona de la realidad, la razón razonando, la lengua en marcha, el pensamiento vivo, ése tiene tanta velocidad que la noción de velocidad para él se anula: puede ir ahora en un momento desde aquí a la Nova Sigma de la costelación de Andrómeda y estar de vuelta y ya estoy con ustedes; no ha costado ningún trabajo. Incluso podríamos eliminar los pocos segundos o décimas de segundo que me ha costado el decirlo, incluso eso, porque eso viene de que la razón está condenada a espresarse en una de las lenguas de Babel, que tienen [¿no será porque tiene que ir de un punto-sujeto a otro de la realidad, tal como es en teoría, o sea, idealmente, o sea, realmente, o sea imposiblemente? porque pensar parece instantáneo, que no dura, e incluso en una conversación muy “estrecha” entre tú y yo se tiene esa sensación de inmediatez] sílabas, y fonemas en ristra, y eso hace que parezca que mi viaje a Andrómeda ha durado por lo menos un par de segundos, pero no: ni eso siquiera; ni eso siquiera ha durado. Ése es el pensamiento, que no existe, que no es real, porque habla de la realidad; ése es el que se convierte en luz. Estamos en el momento de la Creación: “*fiat lux*”, formulado de esa manera, “hágase la luz”, como en la Biblia, es absurdo, es un poco inesacto; por lo tanto, vamos, el nuevo *fiat lux* de los físicos, el Big Bang y todas esas cosas, lo mismo: no hay la menor diferencia ¿no? Es inesacto porque, si se dice “hágase la luz”, se supone que la luz está ahí, puesto que la hemos denominado, hemos hablado de ella y entonces se la manda hacerse. Pero, ¡hombre!, eso no es serio: si la luz estaba ahí, si era la luz, ¿cómo ahora podremos mandarle que se haga? En el último término, para desnudar la condición accional del pensamiento, habría que elegir alguna formulación como “¡hazte, luz! [o, tal vez mejor escrito, “¡hazte! ¡luz!”]”, que sería un poco distinto: “¡hazte, luz!” desde luego parece que sería un poco menos tramposo y un poco más de lengua del pueblo. La razón verdadera, no la sumisa, no la ideada, no puede limitarse a decir, a significar, a asentar realidad, porque al decir la hace, y la deshace, evidentemente: la hace y la deshace.

¿Qué es, volviendo ahora a nuestras artes o a las artes en general, qué es lo que el pueblo, eso que no existe tampoco (lo hay, lo hay, por supuesto, nunca muere, está por ahí debajo, pero existir, no: eso para Dios y para sus amigos ¿no?), qué es lo que eso del pueblo hacía cuando no había todavía artistas personales, ni había Cultura por tanto? ¿qué es lo que hacía cuando se ponía a danzar, a pintar los muros de las grutas, etcétera? ¿qué es lo que ese

pueblo que no existe hacía cuando se dedicaba a hacer esas cosas, antes de la Historia, porque la Historia justamente comienza por el sometimiento del pueblo, antes del establecimiento de la Cultura y al mismo tiempo de los artistas de nombre y los científicos de nombre, cada uno cumpliendo la misma función por su lado? Bueno, pues eso es de lo que se trata, eso es lo que, sin hablar de ello, es lo que quería que hubiérais percibido de una manera un poco inmediata. Por lo demás, la diferencia entre las artes, volviendo a nuestro comienzo, ¿podemos volver a decir como se dice a veces malinterpretando un verso de Horacio, *ut pictura poesis*, que la poesía es como pintura? Esto no puede ser, y hubo un maestro hace un par de siglos que nos lo enseñó bien, Lessing; no puede ser: la poesía no puede describir, no puede describir; no puede describir, porque su función como arte temporal, como arte rítmica, solamente se cumple cuando nos presenta el ropaje de la diosa en el momento que ella lo está sacando del arca y poniéndolo sobre sus hombros y desplegando sus pliegues; pero si está quieta, no hay nada que hacer. A la inversa, ¿podría decirse que la *pictura ut poesis*? Bueno, pues tampoco, tampoco, porque parece que las condiciones fundacionales del arte mantienen esa contraposición. Sin embargo, la palabra que he recordado ahora, este grecismo y latinajo *poesis*, es la que encierra en su seno ese punto de la acción del que antes os he hablado. Es con eso con lo que vamos a ir terminando.

La contraposición de verdad es entre pintar, decir en el sentido de significar, presentando y reproduciendo ideas de las cosas que yacen en el vocabulario idiomático de cada tribu, y esto se contrapone a entender esas actividades como actividades, como hacer. La maldición y el dominio que padecemos no consiste justamente en que la pintura se vuelva más o menos poética o la poesía más o menos pictórica, consiste en que todas las artes se someten a significar, quieren decir algo; y eso las pierde: porque significar, llevar un mensaje, espresarse, transmitir un mensaje, eso quiere decir no hacer. No hay compatibilidad entre significar y hacer. Echad una mirada a vuestro alrededor: si tenéis paciencia, sin apesadumbraros demasiado, recordad las montañas de literatura acerca de artes, de literatura acerca de literaturas, y veréis cómo la cuestión está tan clara que ni se menciona; se habla justamente de estos elementos, se cree que un cuadro ha salido ahí porque, de alguna manera, está revelando un aspecto de la realidad, está de esa manera transmitiéndonos un mensaje, una actitud teórica, o si no, está espresando el espíritu, más o menos rebelde, del pintor [de ahí la frialdad con que se recibe], y todas las cosas por el estilo. Esto no es inocente: eso acaba con el arte en cuanto acción. Si eso fuera así, toda esa pintura, toda esa escultura, todas esas artes, no estarían haciendo más que esta labor funesta de contribuir al engaño de la Cultura, por tanto al mantenimiento de la realidad; no estarían haciendo nada; pero no hacer nada no es algo inocente: no hacer nada quiere decir siempre hacer a favor del amo, es decir, hacer a favor del Dinero, hacer a favor de la Cultura. Ésta es la cuestión: no hay una inocencia.

Bueno, lo que he dicho de la pintura o la escultura podría referirse a todas las demás artes, temporales o no temporales. Lo que os estoy diciendo es contraponer la pretensión bajo la que vivís atados del hacerse por ejemplo poeta o pintor, y de esa manera quedar en el libro de la Cultura: quedar, es decir, superar el movimiento, superar esa perdición continua de la que antes hablábamos, o lo contrario, o abandonar toda pretensión de que la obra sea ni una espresión del artista ni un mensaje a transmitir, sino dejando que ella haga lo que pueda. Bueno, alguien para terminar me podría decir: “bueno y eso todavía con las canciones o la

música a lo mejor se entiende un poco más inmediatamente: también ellas están condenadas a reducirse a mera cultura, es decir, a no hacer nada, que quiere decir hacer a favor del amo, hacer a favor del Dinero, pero ¿la pintura, los cuadros, las esculturas y todo eso?” Bueno, invitaría a los amigos que se dedican a las artes plásticas a fijarse primero en las más híbridas, en las que tienen una condición más descaradamente utilitaria, es decir, en la cerámica o la arquitectura (cuando las había: ya sabéis que la arquitectura ha desaparecido porque se trata de metros cúbicos, es decir, dinero, y ahí por tanto la sumisión está dada antes de empezar; ya antes de empezar; luego las florituras ya se sabe que no están hechas más que para disimular, vamos; y luego puede venir incluso la pretensión de que es un estilo que se ha descubierto o algo...), la cerámica, cuando la había, cuando no era un Producto Cultural, cuando se hacía para servir utilitariamente: efectivamente, una casa, una choza, un cacharro, de por sí no tienen movimiento, están hechos, son estáticos, pero van pasando de mano en mano, se van usando, de forma que su contacto verdadero con eso que llamamos tiempo sin saber qué es viene dado precisamente por el uso. De tal forma que tendría que decir “si un cuadro o una escultura de verdad se usa y va pasando de mano en mano, de ojos en ojos y cosas por el estilo, y se va dejando sobar por aquí y por allá, y entra de esa manera en el decurso temporal, pues bueno, eso no tiene por qué diferenciarse nada de tantas otras formas de producción.” Por desgracia ya sabéis que eso no es lo que está mandado; el imperio es el imperio: los cuadros y las esculturas, tanto los que hacen ahora nuestros amigos vivos como los clásicos y los consagrados, están destinados a quedar colgados en museos y en sitios por el estilo, sin mucha esperanza, la verdad, de que haya alguien que los use, que los use y que de esa manera los devuelva a la vida.

Ésta es la última contraposición que os quería hacer: el Museo, el colgar para hacer cultura, es muerte; el uso, el irse sobando y desgastando, eso sería tal vez un poco lo contrario. Y con esto os dejo por mi parte. Así que si tenemos tiempo, José, podemos hablar...

-Sí; tenemos algo de tiempo para hacer un coloquio o para comentar cualquier cosa que se os ocurra.

-Si hay... Si no...

1º-Bueno, hay un asunto que me resulta interesante y creo que pensarlo un poco más puede ser bueno, y es el hecho de volver, de mover los ojos y de volver sobre las mismas obras: eso que tantas veces se ha dicho de que una obra de arte (bueno, es una palabra muy desafortunada, pero...), una verdadera obra que sirva, no se agota en una mirada, y cuanto más se visita, cuanto más se relee el poema o cuanto más se vuelve a mirar las Meninas, por poner un ejemplo, o a ver una película, pues más nos va diciendo acerca de lo que puede contener.

-Sí, vamos; vuelvo a decir que esto del uso, esta introducción del uso, para el caso de una poesía o de una canción es -parece- relativamente fácil. Efectivamente, si alguien se la aprende de memoria y se la recita una y otra vez, por ejemplo para dormirse, y al recitársela es más o menos fiel en su memoria (a lo mejor es hasta creativo), eso quiere decir que esa canción, ese trozo de música, esa poesía, está viva, está haciendo algo, no está siendo mera cultura. Todos sabéis que el Poder trata de evitar este peligro todo lo que puede: los niños no se aprenden ninguna poesía ya, no sea que les vaya a suceder alguna cosa mala ¿no?; tienen

por el contrario que estudiarse la lista de los poetas y todas las demás estupideces que el Ministerio les mande que se estudien; todo lo contrario: la muerte.

Con los productos plásticos efectivamente la cosa parece un poco más difícil. Cabe eso, cabe eso que has dicho, que una y otra vez los ojos y hasta las manos, sobando la escultura, vuelvan a encontrar la misma obra y resulte que no es la misma, porque sigue produciendo nuevas sensaciones. Sí, esto puede suceder. Únicamente yo diría que eso puede suceder de la manera más eficaz cuando uno no se da cuenta, cuando uno no se da cuenta ni por tanto pone intención, porque la conciencia y la intención son cosas muy malas para esta labor del uso. Pienso por ejemplo tiempos en que se plantaba... el Poder, el Alcalde, plantaba una estatua, más o menos bien hecha, en medio de la plaza del pueblo: bueno, pues efectivamente allí se hacía mercado, la gente pasaba, nadie se daba cuenta aparentemente de qué especie de figura era aquella, pero tal vez, si estaba haciendo algo, si estaba haciendo algo aquella escultura, lo estaba haciendo tanto más cuanto menos la gente se paraba a contemplarla, es decir, a tomar conciencia de lo que estaba pasando. Las cosas que son de verdad vivas y populares entran por lo bajo, entran sobre todo por debajo de la conciencia y de la voluntad personal. Por la otra vía pueden llegar a entrar, pero es a costa de una especie de ascesis negativa en que aquello que era consciente deje de serlo y lo que era voluntario deje de serlo... De la misma manera, si en el comedor la familia de viejo estilo tenía colgado un cuadro, pues ese cuadro podía ser muy malo o podía ser un hallazgo y por tanto hacer cosas distintas, en el sentido de la conformidad o en el sentido del descubrimiento; pero desde luego, lo uno y lo otro lo haría tanto mejor cuanto menos la familia se diera cuenta de que aquel cuadro estaba allí colgado, cuanto más le entrara por vías subterráneas, por vías inferiores a la conciencia y la voluntad.

2º-Mi pregunta es que ¿cómo se puede ver sin mirar, cuando toda la Sociedad del Espectáculo (ya lo denunció bien Guy Debord) está organizada para que la vida, la realidad sea un espejo o una construcción que se constituye precisamente en sentido especular y el que lo ve o el que lo mira está constituyéndose a sí mismo en el mismo momento en el espejo de lo que está mirando; es decir, que hay como un juego de espejos en la realidad especular desde el comienzo de los Media hasta ahora, cada vez más, o sea que ya no....?

-Sí, pero ¿para qué hay que complicarlo tanto? Eso es lo que he dicho: lo del ver sin mirar quiere decir el no darse cuenta; mirar implica voluntad, conciencia. A ello he contrapuesto una forma de recibir, ver, oír o lo que sea, que no pasa por esas instancias superiores. Y supongo que Guy Debord o quien sea pues más o menos superferolíticamente estaría aludiendo a alguna cosa de éstas. Efectivamente, lo que está mandado, está mandado; arriba no sólo está el alcalde, está mi conciencia y mi voluntad, y la democracia desarrollada está fundada en la fe en el individuo; de manera que esto que estoy diciendo de que lo mejor que le puede pasar a uno es cuando no se da cuenta y cuando no pone voluntad... ¡hombre! eso me permito decirlo aquí primero porque me han traído los amigos y esto no va a tener mucha trascendencia, y segundo porque la mayor parte de vosotros seguramente, en cuanto salgáis por esa puerta, habréis tratado de o olvidarlo o más bien recubrirlo, no sea que os vaya a hacer daño ¿no?; pero lo que está mandado decir es exactamente lo otro: mi voluntad, mi conciencia; y se pretende que hasta los pobres niños tienen que aprender por esa vía. Lo que antes he dicho que se les priva de aprender por bajo, por ejemplo aprendiendo cosas de

memoria, simplemente con el uso y el sobre, se consigue por medio de la imposición de arriba, del plan de estudios: se supone que el niño no sólo tiene su conciencia y su voluntad, sino que estamos aquí para desarrollársela, cuanto más mejor, que venga a ser el día de mañana un comprador lo más perfecto posible de vídeos y de red informática y de automóviles y de televisión, que es después de todo de lo que se trata ¿no?

2º-No había terminado. Es que el órgano de la fe por excelencia parece ser que son los ojos, y parece que la fe es algo que entra de golpe, que no entra por una graduación, que no es que se tenga más o menos fe, como de alguna manera el oído uno puede sospechar que ha oído... pero los ojos entran de golpe....

-La fe, sin entrar ahora en disquisiciones, es lo mismo que el saber: esa vieja contraposición religiosa entre el Saber y la Fe... es lo mismo: todo eso entra en la misma cosa. Y efectivamente los pobres ojos, como he dicho, no tienen la culpa, salvo que, en efecto, el camino más frecuente y poderoso para la ide--- [se corta la cinta. Ahora parece que habla de los ciegos]

¿es que no son capaces de hasta ver televisión sin verla, por los procedimientos que para ellos están destinados? ¿es que no tienen las mismas ideas? ¿es que no votan igual que los demás? ¿es que no compran y venden? Es exactamente igual, de forma que esto disculpa a los ojos en sí mismos, como ya dije al paso. Es efectivamente la ideación: no el mero ver, dejarse ver, sino el idear; y no distingo, desde luego, entre una visión científica, un saber y una fe. Lo contrario de la fe y el saber es el dejarse ir, el no creer.

3º-Cambiando de tema: ¿qué tienen que ver las drogas con lo de abajo, como desatascador del montaje ése de la realidad?

-Bueno, pues depende: si estamos en un viaje, no hay nada que decir, porque seguramente no tenemos ganas de hablar. Si estamos en un viaje, por ejemplo de ácido lisérgico, ¿a quién coños le vas a plantear esa cuestión mientras está durando el viaje, no? Eso no tiene sentido. Lo malo es que después sí: después nos lo planteamos, y empezamos a desarrollar teorías también acerca de la experiencia lisérgica o de la experiencia de la heroína o cualquier otra cosa y entonces ya... bueno, entonces ya no hemos hecho nada. Las drogas, exactamente igual que todo lo demás, puesto que también sabemos, estamos convencidos de que es así ¿no? Un recuerdo vivo, un recuerdo vivo de una experiencia de éstas, que tienden a parecerse sospechosamente a las místicas, nos diría que lo que sucede es que el tiempo, la realidad, yo mismo, esto contra lo que he hablado, de alguna manera se funden o desaparecen; pero como después me acuerdo de ello y lo registro y desarrollo teorías y hago libros acerca de estas drogas o las otras, o acerca de esta mística o la otra, que da lo mismo, pues estamos en las mismas: haciendo Cultura, lo mismo que cuando hacemos arte, haciendo Cultura de las Drogas, que tiene ya -¿eh?- a estas alturas... la Cultura de las Drogas tiene una importancia seria.

3º-Estaba pensando en esos cantos tribales que salen, en colectivo, espontáneamente a veces, con ese ritmo tan perfecto.

-Bueno, eso yo no sé; eso es lo que preguntaba: ¿qué hacía la gente antes de que hubiera cultura y que hubiera artistas personales? Eso es lo que responde: ¿qué hacía la gente cuando danzaba o cuando pintaba sin saber desde luego lo que hacía y sin ponerlo a su nombre? Ésa era la cuestión que levantaba al paso también, sí.

4º-Al final ¿la Filosofía se salva? Quiero decir ¿cómo podemos mantener un discurso filosófico sobre la imposibilidad de mantener un discurso filosófico?

-Bueno, la Filosofía para mí no se distingue nada de la Ciencia: son formas de saber. La Filosofía normal de los filósofos no tiene ninguna especial gracia: es como la Ciencia. Yo he preferido fijarme en la Física, a ratos, porque es la forma, digamos, de Filosofía más potente y más dominante. Pero, vamos, si quedan por ahí algunas otras formas de Filosofía, pues lo mismo: no hay gran diferencia. Claro, a no ser que te dé por llamar “filosofía” a esta especie de despotricación que he estado haciendo este rato; porque, si a esto lo llamas “filosofía”, pues desde luego estamos al cabo de la calle. Pero, vamos, esto, de “filosofía” no tiene nada: esto es acción. Esto es acción; y la acción se contrapone al saber y a la fe.

5º-Bueno, en relación con lo que ha dicho también José, había otra cosa casi un poco contrapuesta a la que él ha planteado de la revisión de una obra, una obra que la hemos disfrutado de diferentes maneras, según cómo se haya visto. Es también decepcionante y recalitrante ver con qué apego se acoge la gente a su gusto sobre las obras, de manera que te encuentras ... A mí, revisar por ejemplo (soy bastante aficionado al cine) películas que a los 14 años me parecieron muy bonitas a veces me lleva a una decepción bastante tremenda. En cambio ¿cómo alguien sigue cogiéndose a ese gusto, defendiéndolo a ultranza y quedándose en el “me gusta” como última instancia y más poderosa, delante del valor o más o menos de lo que diga esa obra!; incluso ¿cómo uno disfruta de su propio gusto! De manera que muchas veces... A tí recuerdo que una vez te planteé también aquel problema de que decías que quizá lo bueno de una acción era lo que se disfrutaba con ella, y muchas veces uno acaba justificando en el propio disfrute que está haciendo lo que debe, sin más, porque él se ha convencido previamente de que disfruta.

-Sí; es bastante exacto. Has formulado bastante bien la intromisión de la conciencia en eso. Es decir: algo que de verdad gustara sería algo que no correspondería a mi gusto personal: ¿qué diablos es lo que a mí me gusta? A mí me gusta lo que me manda la Televisión, lo que el Poder quiere que me guste, lo que me venden ¿no? Eso nunca podría ser mi gusto personal. De verdad sería algo que sería frívolo decir que me gusta: habría que decir que me arrebató, me derrite, que me coge por sorpresa, me saca de mí mismo o me desquicia o cualquier cosa por el estilo, cuando tal cosa suceda; todos esos predicados más o menos negativos. Lo que sucede es lo que has espuesto bastante bien: ese mismo golpe que pudo ser en un momento dado de placer o de descubrimiento toma conciencia de sí mismo y se convierte en el cultivo de mi gusto personal o del gusto de la colectividad, y viene el placer secundario que -lo has dicho muy bien- puede ser hasta el placer de tener un gusto, hasta el placer de tener un gusto personal. Esto me lo encuentro todos los días; esta falsificación me la encuentro todos los días y a cada paso: hay mucha gente que no se atreve a saber la diferencia entre lo que opina y lo

que la razón por debajo le dice, entre lo que le gusta personalmente y lo que de verdad por debajo le está haciendo algo; hay mucha gente que de alguna manera no se atreve a distinguir entre lo uno y lo otro, y por supuesto lo que está mandado que se prefiera es lo de arriba, lo de la conciencia, lo de la voluntad personal.

6º-Me preocupa lo de la conciencia y la voluntad personal: puesto que se habla tanto de ello, parece que está ahí, de alguna manera actúa y de algún sitio sale ¿no? No sé cómo manejarlo con ello, puesto que está junto con lo otro, pero... ¿es la culminación de lo otro, o...? Es que no sé qué hacer, de verdad, porque parece ser lo más horrible que hay, pero sin embargo está en nosotros y está con lo otro y... de algún sitio ha salido.

-Claro. Es que esto es demasiado rápido. Yo por ejemplo, cuando os he presentado la Creación, no he podido llegar a más que en el caso de la luz, pero evidentemente el desarrollo de la persona individual es otro caso más de constitución de la realidad. No es que eso sea especialmente horrible. La realidad es falsa; y esa realidad individual, psicológica, es simplemente específica: es la forma por la que preferentemente nos matan. La contradicción que parece que te preocupa no puede tener ninguna formulación más clara que la que os he ofrecido: hay un mundo de que se habla, la realidad, que pretende ser lo único que hay, y contra ello hay... [corte]

En tu caso, por ejemplo: una cosa es que tú seas la persona que seas con el nombre que tengas, las relaciones tal, los estudios y las carreras y demás, y otra cosa es que tú seas tú; y esas dos cosas no casan. De manera que, cuando notes alguna contradicción, pues ¡qué se le va a hacer! Lo mismo que yo, te encuentras en eso. La realidad, si hubiera alcanzado alguna especie de triunfo definitivo, haría que no hubiera más que mundo del que se habla. Este mundo verdadero, en el que se siente, en el que se piensa, habría desaparecido. No es así: no es así, y tan no es así, que tiene que estar todos los días predicando por la televisión, por los libros y por los centros de enseñanza, su existencia. Si fuera verdad, no tendría que predicar tanto. Respecto a uno mismo, sí: yo soy don Agustín García, con todas las consecuencias; pero al mismo tiempo soy yo, y no casamos, no casamos.

6º-Però están ahí ¿no? Entonces hay algo que posibilita... Por una parte parece que hay una contradicción, pero por otra parte parece que hay algún nexo, porque están ahí a la vez, aunque sea pugnando y peleando. Luego hay algo que posibilita esa contradicción o el que eso esté ahí haciendo la puñeta.

-Por supuesto. No sólo es que haya un nexo, sino es que esos dos, contradictorios, están a la vez y el uno contra el otro, desde el momento de constitución de la realidad. Se impone la realidad, se constituye, se desarrolla una idea de la luz; pero al mismo tiempo sigue habiendo una luz verdadera que no se deja coger. Y están la una y la otra; y estoy yo que no soy nadie porque soy cualquiera que dice "yo", que no existo o que no existe, y estoy yo, fulano de tal, estamos, incompatibles pero a la vez y pugnando el uno con el otro: ésa es la situación. Nuestra única alegría es que por lo menos estamos en esa pugna. Ya digo: si la realidad estuviera bien hecha, no habría lugar a esas dudas que sacas. La única alegría que puede movernos es que evidentemente, por poderosa, por real que sea, no deja de estar mal hecha y deja atacarse y todo eso. Y con referencia a mi propia realidad, pues eso: evidentemente lo

que está mandado es que yo sea fulano de tal, vamos, y que cumpla estas etapas en mi vida y que tenga mi nombre y que defienda mi nombre y defienda mi honra, y que me haga mi carrera y que saque mi puesto, y que me case y que tenga hijos, si es preciso. Eso es lo que está mandado; evidentemente. Hay por debajo algo que no traga. Hay siempre por debajo algo que no traga; más o menos, según los casos; que a lo mejor agacha la cabeza y dice “bueno: habrá que hacer la oposición”, “bueno, pues me tendré que casar con fulanita, pues ¡qué le vamos a hacer!: parece que está mandao”, pero que no traga, que no acaba de tragar.

6º- Pero es que eso que está por debajo, ahí... La cuestión para mí es ésa: eso que está por debajo, que es un misterio, parece que es el que posibilita las dos cosas. Porque lo de arriba, esa consciencia, esa voluntad, todas esas ideas, ¿de dónde ha salido? No sé si me lo puedes explicar.

-Sí, sí. Pero tú sólo puedes hablar de la realidad: de lo otro no puedes hablar. Yo a lo mejor he pecado al sugeríroslo. Está por debajo: no existe y, porque no existe, actúa. Está por debajo de la realidad, y precisamente porque no es real, porque no existe, actúa. Y no es misterio, en el sentido de la oscuridad: es la excesiva claridad. “Esto” es “esto”; “aquí” es “aquí”; “ahora” es “ahora”; “yo” soy “yo” y cualquiera lo puede decir exactamente igual; y esto no es nada misterioso: esto es gramatical, son los elementos de la lengua que no tienen significado. De forma que, si se dice “misterioso”, será en el sentido de una excesiva claridad, que se contrapone a la manera en que estamos acostumbrados a concebir las cosas reales ¿no?

6º- Pero ¿qué sostiene la ideación de la realidad? ¿qué la sostiene, qué la posibilita?

-No, no; no es que la sostiene: el *fiat lux* es que la hace: la hace y la deshace. Es lo que os he tratado de mostrar: “¡Fiat lux!”, mal pronunciado, o “¡Hazte, luz!” está actuando; no es que sostenga nada: es que está haciendo. Y si luego dice “¡Deshazte, luz!” o “¡no más luz!”, lo está haciendo. Es la acción misma.

7º- Sí pero yo creo que él se refiere a una cuestión también interesante: es que para que se dé una subconsciencia tiene que estar una conciencia. Es más, el mecanismo de la represión, que ya lo dice Freud... ¡Deja que termine!

-Sí, sí. Pero es que –perdona– no voy a dejar porque es que es una cuestión que me has oído sacar otras varias veces, pero que hoy nos iba a distraer. No he hablado de subconsciencia hoy. Conviene aclarar lo más posible lo que he sacado.

7º- Te está planteando que el fundamento de la Realidad, y por lo tanto de la conciencia, tiene que estar en alguna parte. Evidentemente no puede caer de arriba como el rayo: no está “timoneado por el rayo”

-Ya, ya. Ya le he dicho dónde está y le he hablado de la excesiva claridad. No es pertinente sacar lo de la subconsciencia, que he usado para otras cosas. Eso es mucho más que la subconsciencia.

8º–Yo no sé si me sale de arriba o de abajo, pero... Bueno es que, claro, uno, al final, quién diga esto pues no sé, pero....

–No, no. Si yo tampoco sé: es un riesgo; es un juego.

8º–Pero yo sigo... Bueno, yo no sé si tenía mucha conexión el título de la conferencia, “el ritmo y la mirada”...

–No, no: “ritmo de la mirada”, que podía ser una interrogación.

8º–Mejor me lo pones. Porque yo, en la vida... Quiero decir: de la mirada y el ritmo... yo del ritmo sé poco, pero la mirada... qué tendrá que ver con el ritmo

–Bueno, es lo que en la primera parte he estado haciendo.

8º–El ritmo, puedo ver dónde hay ritmo y dónde no, o es algo que parece que se siente y no sé muy bien y no sé explicarte... pero la mirada es que es una cosa tan así...

–Sí, sí: es que, cuando se dicen cosas demasiado claras, ya sé lo que pasa. Ha aparecido por un lado cuando he usado el intento de superar la oposición entre artes visuales y movimiento, y he hablado de la mirada y he dicho que una de las formas es mover delante de los ojos las cosas (el cinematógrafo), con lo cual metes el movimiento y, si quieres, una forma de ritmo, y otra cosa es lo del tren, es decir, mover los ojos por delante de las cosas, de forma que parece que las cosas te pasan. Eso es uno de los dos sitios...

8º–Pero eso de la mirada ¿eso no son los ojos que, después de todo, tampoco miran? ¿Eso es la mirada?

–Los ojos son los ojos: que ven. Luego ha venido lo otro. Más tarde he vuelto a sacar la mirada por oposición a eso de dejarse ver: he contrapuesto mirada, que implica conciencia y voluntad, acto, por tanto ya personalidad...

8º–Claro, que (igual) lo mismo mirar que tener los ojos abiertos.

–No, no: con eso no basta. Mirar, hay que tener intención de mirar, hay que dirigir los ojos, y por tanto colocarse en la situación del animal de presa, donde no tiene unos ojos por donde le entre el mundo, sino que tiene unos ojos dirigidos a funciones enteramente prácticas y sometidas. He contrapuesto ese mirar intencionado, voluntario, con un dejarse ver, donde uno no interviene, y que al final de la charla he estado presentando frente al otro.

9º–Entonces ¿crees que el móvil, la televisión, la red o las informáticas, absolutamente no tienen ningún uso, similar al que puedan tener las vasijas?

–No.

9º-[...] ¿Absolutamente?

-No: no lo creo; y sobre todo no lo creo porque he percibido una y otra vez cuán peligroso es creérselo. Es dar otra vez por supuesta su existencia. Pero uno sabe cómo ha surgido la Televisión; incluso sabe, aunque es más viejo, cómo ha surgido el Automóvil; y no digamos el resto de los chismes que nos han vendido: han surgido ya esencialmente por deducción abstracta y obedeciendo a necesidades económicas. El dogma de la Democracia es, como antes os recordaba, la fe en el Individuo Personal. Esto, a fines del XIX, produjo el Automóvil; y poco después, como consecuencia lógica, puesto que los individuos forman masas, la producción de automóviles en serie. Lógico. Así que nadie lo había pedido. El ferrocarril sí se había pedido, porque había trabajosas diligencias, malos caminos que se estropeaban (como las Autopistas ahora, con las cuales hemos retrocedido a las formas de camino más arcaicas), y por tanto el intento, la petición, de superar eso estaba ahí. La Televisión nadie la había mandado venir a este mundo: nadie; no podéis encontrar ningún testimonio de nadie que antes del año cuarenta y tantos dijera “ay, si pudiéramos tener una pantalla donde recibiéramos información de lo que pasa en el mundo!”. La gente en verdad estaba ya demasiado satisfecha con el desarrollo del teléfono y con el desarrollo de la prensa y los periódicos: la necesidad era ideal y económica. Esta necesidad ideal y económica no ha hecho sino hacerse más clara en los inventos sucesivos. ¿Es que el ordenador sirve para algo? Si sirviera para algo, lo habríamos pedido, lo habríamos echado de menos, la gente habría levantado las manos diciendo “¡Ordenadores!”. Los ordenadores no valen para nada: valen para venderse y comprarse. Eso es lo que llamo ideal y abstracto. Valen para eso.

La objeción peligrosa es ésta: “¡Hombre!, de vez en cuando es que pues facilita...” Sí: esto me recuerda alguien que el otro día justificaba hasta el telefonito móvil; decía “Sí, es útil, porque había uno que se encontró colgado de una rama de un roble sobre un precipicio, y gracias que tenía un teléfono móvil y pudo llamar y vino la Guardia Civil.” Esos son los tipos de justificación. No, es verdad: yo mismo me dejo meter en la Red, dejo que los amigos que les da por ahí metan no sé cuantas entradas (no porque piense que sirva para nada, pero bueno, para que no parezca que toma una actitud rígida); pero cualquier posible, minoritaria, pequeña, utilidad no puede evitar el servir a la justificación de lo que es verdad en general: todo eso ha surgido simplemente porque hay que mover Capital, porque hay que vender y comprar cada vez más cosas.

9º-Pero pienso que para el señor ése, por ejemplo, pudo significar la diferencia entre la vida y la muerte ¿no?

-Sí, sí: claro. Ésa es la justificación de la que hablo. Efectivamente, por ese procedimiento, no podéis pensar la cantidad de cosas que se pueden justificar. Eso...

10º-Pero dices que no se puede plantear así en general ¿no?

-Sí, sí: se puede y se debe. Y a estos casos excepcionales que se sacan a relucir hay que colocarlos en su sitio: estos casos justamente para lo que sirven es para disimulo de la verdadera función general. ¿Qué coños importa una utilidad de un telefonito móvil de vez en cuando, cuando se están vendiendo miles y miles de millones, y cada año hay que vender

más, de los cuales nos costa que la inmensa inmensa inmensa mayoría no sirven absolutamente para nada (más que para estorbar –eso sí) aparte de venderse y comprarse? Y ¿qué importa que efectivamente a través de la Red pueda aparecer o algún navegante con suerte pueda encontrarse con algo revelador y descubridor? Puede suceder; pero esto tiene una clara función disimuladora, porque nos costa que la inmensa inmensa inmensa mayoría es simplemente la del servicio a la inutilidad y a la compraventa ¿no? Es así.

10º–Sí; además ahora es que se me ha ocurrido una asociación que me parece reveladora. Ha mencionado la denominación “avance tecnológico”, que incluye, claro, el término “avance”, que revela claramente una previsión, una anticipación.

–Sí, sí. Hace usted bien en sacarlo, claro. Condición del Poder es que Ellos saben por dónde vamos y hacia dónde nos dirigimos. La alegría del pueblo es que es mentira. Ahora, ellos se lo creen, y tratan de hacer creerlo pero como fieras –vamos–: en ello les va la vida. Si ellos no pueden hacer previsiones, por ejemplo para la Banca, de un alcance al menos de 40 o 50 años, están perdidos. El Futuro es esencial, y la previsión es esencial, y entonces así tratan de imponer esta fe en el Futuro. El pueblo por lo bajo sabe que no, que es mentira, que pasará lo que pase. Pasará lo que pase, ya se verá. Pero eso es lo que el pueblo siente; lo otro es lo que le imponen, la Fe en el Futuro.

11º–Pero... Una pregunta, por favor. ¿Usted se cree que así se arreglará el mundo?

–¿Cómo es “así”?

11º–Lo decía porque es que yo no he ido al colegio, y ustedes han tenido la suerte de ir. Entonces yo...

–Pero ¿cómo es “así”?

11º–Como usted lo está esplicando.

–¡Hombre!, esplicando...

11º–Que dice que vamos a mal. ¿Ha habido algún tiempo... Porque es que yo no he ido al colegio, ni salí hasta los veinte años de mi casa y no sé si ha habido algún tiempo que han estado mejor. Los hombres ésos que hacían las vasijas, esos hombres, ¿han estado mejor que ahora nosotros?

–Sí: esos hombres no eran hombres, era gente, y la he presentado como estando antes de la Historia. Por tanto, ni usted ni yo, por mucho que vaya a la escuela, no puede saberlo, no puede más que sospecharlo. En cuanto a los que están dentro ya de la Historia (es decir, que no es tanto: unos 10.000 añitos de nada que llevamos de Historia), ésos desde luego no han hecho más que cambiar de formas de esclavitud hasta el presente. La forma de esclavitud más desarrollada, la del Régimen del Bienestar, se coloca en línea con los faraones egipcios y los emperadores romanos. [Siempre ha habido esa perdición]. No vaya usted a la escuela (eso le

es fácil ahora), pero no vea la televisión! Porque la Televisión está destinada a enseñarle Historia todos los días, de manera que no crea usted que me alegro mucho cuando me dice su falta de escuela, porque en cambio tendría que decirme “y tampoco me veo los peliculones de Cleopatra y de Napoleón!”

11º–Pero yo ni me los veo, señor.

–Ah, eso ya me alegra mucho.

–Pero es que, cuando yo tenía veinticinco años, entonces, me compré una televisión y supe que habían otros pueblos y otras cosas; y cuando hacían películas de ciudades y historias, entonces yo ví esas cosas, que con mis ojos las ví, que ni me lo creía, porque yo nunca las había visto ni me lo habían explicado. Entonces para mí fue grande ver entonces la televisión. Ahora no ¿eh? Hace muchísimos años que ya no la veo, porque es basura; pero yo sé que para que una cosa se empiece tiene que destruirse. Y aquí en el mundo yo no tengo mucha inteligencia porque no he estudiado, pero yo siempre me hubiese gustado poder haber estudiado a personas y haber podido ir al colegio. Yo tenía mis hijos y trabajé muchos para que ellos supieran lo que era el mundo y pudieran estudiar. Y yo eso que usted dice (no lo entiendo mucho) del otro yo, no lo entiendo (sí lo entiende mi cerebro, pero no se lo puedo explicar a usted): sé que el otro yo que hay, que usted dice, no es como ese chico dice. Yo sé que hay personas que nacen y tienen pues el poder de sobreponerse y decir “pues yo quiero eso, y lo hago eso”. Pero sé que otras personas lo piensan (porque lo tengo en mi misma familia), lo piensan, que dicen “yo cogería eso” o “le diría a este señor “No: eso no es de veras””, sin embargo, en su interior sí que él lo piensa, pero no puede alargar la mano.

–Ya.

11º–Y eso yo he procurao enseñarlo, porque yo no sabía nada, de explicárselo, pero no he podido, pero me he dao cuenta que, como una persona viene a este mundo, si es cortita, no se le puede alargar ni enseñar nada. Y a mi hijo...

–Perdone. En esta última parte está usted desarrollando toda una especie de moral, que sin duda usted tiene y que le sirve para vivir, y que no es lo que más nos interesa. Me interesa lo que ha dicho antes. Eso que usted cree de las personas cortas y las personas largas, todo eso es el yo-fulano de tal, y no tiene que ver nada con ningún otro yo. “Yo”, el que no es fulano de tal, quiere decir “yo” y cualquiera que dice “yo” en cualquier momento y que no existe pero que está ahí, y por tanto no tiene mucho que ver con su distinción entre una clase de personas y otras. Era más interesante que le recordara un par de cosas nada más. Sus hijos se han educado: ¿han salido mejores que usted o no?

11º–Sí, claro: ya lo creo. Muchísimo mejores.

–Sí? ¿En qué se les nota?

11°-Pero, donde anda uno, anda otro.

-¿Eh?

11°-Donde anda una persona, anda otra persona.

-Bueno, bueno, por favor, que lo que le estoy preguntando es si tiene usted también [fe] en el fruto que ha dado la educación de sus hijos. Cree usted que los ha hecho mejores ¿sí?

11°-Hombre, claro que lo creo.

-¿Sí? Es mucha fe; es mucha fe. Y el otro punto, con el que vamos a dejar ya esto, es que, cuando usted dice que en un principio la Televisión le reveló cosas, usted dice que lo vio con sus propios ojos y es mentira: uno por la Televisión no ve nada con sus propios ojos, tiene una mirada dirigida (eso es lo más característico del espectador televisivo) y no ve nada con sus ojos. Todo lo que sale en la Televisión es mentira (también lo que sale en los periódicos ¿eh?): todo, todo es mentira. Es decir, es real, pero mentira. Y no vamos a darle muchas vueltas. Es información de la Realidad, que es su creación, pero todo es mentira. De manera que usted no tiene que andarse educando mucho ni dejando de ver televisión y demás: simplemente con no creer, no creer, no creer, cuanto menos, pues mejor. Vamos a seguir con más cosas, por favor.

12°-Usted ha hablado del movimiento como una forma de ritmo y yo quería preguntarle acerca de eso.

-No es exacto ¿eh? He dicho que uno de los sentidos en que se emplea ritmo implicaba que se refiere a movimiento.

12°-Bueno, yo quería preguntarle acerca de sentir el ritmo, que si podía hablar un poco acerca de eso como algo fuera de la realidad, de las cosas físicas ¿no?, algo de las personas y...

-Sí. Es complicao. Sentir el ritmo, sea en situación de danza o de canto o lo que sea, sentir el ritmo, o sea, no “saberlo” ni realizarlo intencionadamente, lo cual es desastroso, porque si uno se pone a bailar con intención, pierde el compás, “sentir el ritmo” es en cierto sentido “sentir los números”: es la primera entrada entre nosotros de esa forma de razón que después se domestica como Aritmética. No hay aparición de los números más prehistórica, más honda, que la del ritmo. Lo que uno está aprendiendo cuando dice “tà-ta tá/ tà-ta tá/ tà-ta-tà-ta-tà-tà tá”, cuando está sintiendo estas cosas está aprendiendo de verdad qué quiere decir dos, qué quiere decir tres, y por tanto las combinaciones de lo uno con lo otro. Eso es lo específico de la sensación de ritmo, que, bueno, puesto que lo has sacado, está bien, pero nos llevaría mucho más tiempo seguirlo desarrollando.

13°-Antes has dicho que lo que estaba ocurriendo aquí ahora era acción. Cuando tú estás hablando, cuando estamos intentando averiguar qué es lo que hay detrás de la Realidad, o desmontar incluso, un desmontaje de la Realidad, yo me pregunto si no sería posible o si no

sería incluso más efectivo hacer este trabajo de acción dentro de lo que serían los medios del diablo éstos que has nombrado ¿no?

–De Dios, de Dios: no del diablo: de Dios. Hay que tener cuidao con las palabras.

13º–Por ejemplo, intento imaginar que esto, en un medio de Dios [empleado] a lo mejor por un diablo, podría estar en la Red y podría ser seguido por muchísima más gente. En este sentido, si realmente aquí hiciéramos algo, –se me ocurre a mí: no sé– igual se amplificaría el efecto, no quedaría tampoco... O sea, no veo yo que el hecho de salir a lo mejor por la Red o por un circuito cerrado de Televisión, por ejemplo, en lugar de ser la charla ésta aquí dentro del contesto éste del Salón de Actos, si saliera por el circuito cerrado de monitores que tiene la Universidad... no sé, no sé yo.

–Vamos por partes: primero por lo general, a lo de acción. Aquí no estamos, en esta despotricación que lleva ya mucho rato, no estamos tratando de descubrir lo que hay debajo de la realidad, porque eso para mí está claro (lo tiene la gramática general de la lengua, YO, ESTO, AQUÍ, AHORA), no hay nada que descubrir, es lo más claro y únicamente tiene la dificultad de su escesiva claridad: estamos desmontando, intentando desmontar la Realidad, que reconocemos como falsa en cuanto se pretende verdadera. Es decir, es una acción que debería ser puramente negativa. Que después este rato hayamos hecho algo en ese sentido o nos hayamos equivocado o yo os haya desviado, bueno, eso ya es secundario; pero desde luego la acción va en ese sentido. La otra es una cuestión meramente económica y por tanto, como las cuestiones puramente económicas, no tiene ninguna respuesta de sí o no, no tiene más que una respuesta de echar las cuentas. Con las cuestiones de Dinero no hay más que echar las cuentas. Yo llevo veintitantos años, desde el principio, negándome a aparecer en la Televisión (es decir, que en mis cuentas no había probabilidades apreciables de que algo que se hiciera por la pequeña pantalla pudiera de verdad estar haciendo algo) y por tanto no me he prestado a hacer de figurón de la Cultura y me perdía pues eso, el hecho de que la mayor parte de ustedes saben de mí ni me han oído nunca ¿no? Si hubiera salido en la Televisión, pues imagínense dónde estaríamos ¿no? Por ejemplo. En cambio, de vez en cuando me dejo caer por algún periódico (incluso el periódico La Razón: llevo dos años casi metiendo un artículo), dejo, como he dicho antes, que los amigos cojan cosas y hagan entradas en la Red, con muy poca fe, pero no veo que la cosa sea tan clara, que el negocio sea tan así. O sea que las cuentas son éstas: cuánto gana lo que puede haber en mí de pueblo en cuanto a hacerse sentir, en cuanto a dejarse hablar, lo que pueda haber en mí de razón común, cuánto gana por ese medio y cuánto paga; cuánto paga en cuanto sumisión a la Cultura, sumisión a la Figura Personal del propio artista o filosofante o todo lo que sea. Uno echa sus cuentas, se equivoca, porque en estos negocios caben toda clase de equivocaciones, pero en todo caso la cuestión es meramente así, de cuentas, de echar cuentas... De manera que en cuanto al circuito de vídeo de esta escuela o de donde sea, pues yo qué sé. Habría que ver lo mismo: ¿cuánto se paga?, ¿cuánto se gana?; es decir, cuánto se gana, no yo personalmente, porque yo sé que yo, si utilizo los medios, yo gano siempre, yo personalmente gano siempre, entro en colaboración con el Capital y por tanto gano siempre: ¿cuánto puede ganar aquello otro que soy yo y que no es nadie, algo que me quede de pueblo, con esas ocasiones?, ¿cuánto se paga en sometimiento, bien estudiado, en sometimiento a la Cultura? Y, bueno, lo que resulte, pues

resulta. No hay más.